

De lo aprendido.

Maria Freixanet Mateo, politóloga, investigadora del Instituto de Ciencias Políticas y Sociales

Terminaba septiembre cuando nos encerramos varios días y sus noches, con un programa repleto de puntos de contacto con el pasado (y futuro) colectivo, en los encuentros transfronterizos de las entidades de memoria histórica, en su edición número doce. En Francia. La vida allí me convocó.

Luego, hace unas semanas, me pidió Domènec un reporte de lo vivido en Villeneuve pero no hay forma, la verdad. Imposible. No hay forma de reportar lo vivido, porque él ya lo ha hecho maravillosamente aquí. concreto, exacto y detallado. Y no hay forma de reportar tampoco lo pensado, colectivamente organizado, porque ello ha quedado plasmado estupendamente en este otro aquí, que esto es lo concluido. Ordenado y politizado.

Me llevo pues este texto a otro lugar. Un lugar parcial, y las disculpas van de antemano por este hablar particular. Voy, claro, a lo aprendido. O lo prendido. Aquello que prendió luego en mí.

Fuego primero: La falta de una historia propia.

Acudir a un encuentro entre entidades de memoria histórica significa que te permites instalar en tu presente, en medio de tu tiempo actual, la presencia de un recuerdo. Pero no es un recuerdo concreto, pequeño y particular, sino un recuerdo de recuerdos, un recuerdo de hechos mayúsculos, verdades, dolores, violencias, de un peso intensísimo, de un impacto colectivo tremendo, que a pesar de las mantas de olvido nos construye y nos define y nos explica hasta el día de hoy.

Me estremeció en repetidas ocasiones la gravedad de los hechos contados, la brutalidad de ese pasado nuestro, no por no saberlo sino por cómo es contado así, directo, desparramada la realidad, ocupando la centralidad de la atención y el tiempo, y por cómo se transforma en batalla de presente y de futuro.

Eso, sumado a que hay golpes que fueron en piel de quien te habla, de quien te escucha, de quien comparte habitación contigo. Me veo por ejemplo en radical silencio, mientras Isabel y su fuerza nombran, pero de paso, a tenor de otra cosa, el haber sido ella detenida, encarcelada, y se le devuelve otro yo también. También. Y yo los miro y siguen. Viven y sonríen. Y sueñan fuerte, mucho mejor que yo. Percibo la gravedad y al mismo tiempo un genuino optimismo.

Asimismo, además, acogiendo estaba la contraparte francesa. Una contraparte absolutamente consciente de sí misma. Hijas y nietos de exiliados españoles. Totalmente enraizados en lo que son, totalmente informados de de dónde vienen y con esa herencia intacta, estructurada, agradecida.

Y de repente la vergüenza. Al darte cuenta de que tú no conoces la tuya, de historia particular. Que no la tienes. Que mi abuelo andó entre las bombas a sus doce años, dejando atrás a su padre y a su madre. Cruzó Catalunya entera para acabar en el campo de Argelers, y nunca le pregunté nada. Cuando hablaba no escuché. Cuando recordaba yo atendía otras cosas. Nada sé de cómo sobrevivió, de cómo volvió ni de cómo ello le constituyó. O mi abuela, sus ojos aterrorizados el día que vio la forma en que yo amaba la política. Ella murmuraba y lloraba, me pedía que no, que no. Dejaba caer, entre el trajín de los fogones, anécdotas masculadas que eran horrores, sueltas, matanzas, la denuncia del vecino, tal hombre que llegó con tres cabezas colgadas de su cinturón. Nunca le pregunté nada. Nada sé de cómo la Historia la configuró. De cuánta de la alegría que me cuentan que tenía se le murió. La

vergüenza de darte cuenta ahora, a media vida tuya, que la Historia les modeló, a él, a ella (viví con ellos y con su miedo); luego a mí misma.

Segundo fuego: El antídoto del que tienen custodia.

Poco podía pensar yo, cuando me llamó Consol invitándome a la expedición (su envidiable entusiasmo no me pareció tampoco que dejara otra opción), que un encuentro entre entidades de memoria españolas y francesas podía tomar para mí el lugar de raíz que enseguida tomó. Algo así como notar que te trasladas de repente a un sitio sólido. Fundamentado. Con sentido. Donde habita verdad. Y bondad. Y de alguna forma extraña, anhelo y posibilidad de futuro. De sueño. De la sociedad posible que podríamos tener. De las ideas fuertes, rojas, que una vez estuvieron disponibles para el mundo. Un contacto con aquella gente que podría desplegar otro programa para el devenir de la vida compartida. Otro destino.

Lo cierto es que vivimos tiempos extraños, teñidos de una especie de confusión y desesperación, falta de sujeción, en demasiados sentidos. Una soledad abismal. Una sensación, si no de fin de mundo, por lo menos sí de fin de época. Y uno de sus rasgos claros es la fragmentación social y el debilitamiento de las democracias. El pensamiento antidemocrático haciendo mella. El auge del neofascismo, llámesele como una quiera.

Algo que tomó sentido para mí durante esos días es la frase repetida de que las democracias solo son fuertes cuando lo son socialmente los valores de igualdad y libertad que las sustentan. Y es que, poco a poco, de mesa en mesa, de exposición a documental y de conversación a homenaje, me fui dando cuenta de que esa gente custodia un antídoto. Algunas de ellas, mayores, en propia piel. Otras, simplemente en compromiso. Y el compromiso es exactamente una decisión.

Pues ellas custodian un antídoto, eso es. Un tesoro público. Que la memoria democrática y el cultivo de sus valores es la garantía de no repetición de la barbarie. Ellos son la garantía democrática, esto es así; son un ancla, son la consciencia histórica, lo único que podría mantener a una sociedad alejada de repetir lo indecible. La red frente al abismo. El freno del fascismo.

Y voy al último arder: la invocación a lo común.

Fue Luis quien me habló de aquello, con esa claridad pasmosa suya, sobre cuál es el paso que debemos dar, que nos toca dar, como sociedad. Ese es el paso de la memoria histórica a la memoria democrática, dice. Ese es el paso de tener, cada cual o cada grupo sus memorias históricas particulares, y aquí las hay de todo signo – la derecha también tiene su memoria histórica, dice –, a construir una memoria democrática común.

Una consciencia de lo vivido. Un conocimiento de cuáles son aquellas etapas, aquellos hechos, aquellas experiencias históricas, y sobre todo aquellos valores e ideas que, una sumada a la anterior, son las escaleras que nos permiten, llegadas a un momento, instalar aquello que llamamos democracia, que una organización social merezca el valor de tal nombre.

Cuidar esa memoria y sus valores nos es obligación como sociedad, ya no digamos como Estado – esas son palabras suyas. Cuidar esa memoria y sus valores es lo que haría que el nieto de un fascista pueda ser demócrata. Cuidar esa memoria y sus valores es lo que nos permitiría ser de verdad un pueblo maduro, que se hace cargo de sí mismo. De su pluralidad, de su bienestar, de su devenir.

Tres días fueron, el corazón enrojecido. Por la conciencia de los huecos en la propia historia. Por el darte cuenta del tesoro, del antídoto, que esa gente tiene en su frágil guarda. Por comprender cuán importante es esa invocación a construir una memoria democrática sólida, conjunta, ni particular ni fraccional sino común. Así, le mando a Domènec las dos páginas que me pidió, sabiendo que no es esto lo que me ha pedido.

Lo que le mando tiene la forma de un texto pero es un gracias. Por la invitación, por la esperanza que mantienen, por la posiciones sólidas y enraizadas, y por acercarme a corazones sobrantes, de esos con lo que nunca, jamás, ni por un momento, pudieron las bombas.

D'allò après.

Maria Freixanet Mateo, politòloga, investigadora de l'Institut de Ciències Polítiques i Socials

Acabava setembre quan ens tancàrem diversos dies i les seves nits, amb un programa replet de punts de contacte amb el passat (i futur) col·lectiu, en les trobades transfrontereres de les entitats de memòria històrica, en la seva edició número dotze. A França. La vida allí em va convocar.

Després, fa unes setmanes, em va demanar el Domènec un retorn d'allò viscut a Villeneuve però no hi ha manera, la veritat. Impossible. No hi ha manera de relatar allò viscut, perquè ell ja ho ha fet meravellosament [aquí](#) (link text): concret, exacte i detallat. I no hi ha manera de reportar tampoc allò pensat, col·lectivament organitzat, perquè ha quedat plasmat estupendament en aquest altre [aquí](#) (link manifest), que això és allò conlòs. Ordenat i polititzat.

M'emporto doncs aquest text a un altre lloc. Un lloc parcial, i les disculpes van per endavant per aquest parlar particular. Vaig, clar, a allò après. O pres. Allò que va prendre en mi.

Foc primer: La falta d'una història pròpia.

Acudir a una trobada entre entitats de memòria històrica significa que et permet instal·lar en el teu present, enmig del teu temps actual, la presència d'un record. Però no és un record concret, petit i particular, sinó un record de records, un record de fets majúsculs, veritats, dolors, violències, d'un pes intensíssim, d'un impacte col·lectiu enorme, que malgrat les mantas d'oblit ens construeix i ens defineix i ens explica fins al dia d'avui.

Em va estremir en repetides ocasions la gravetat dels fets explicats, la brutalitat d'aquest passat nostre, no per no saber-ho sinó per com és presentat així, directe, exhibida la realitat, ocupant la centralitat de l'atenció i el temps, i per com es transforma en batalla de present i de futur.

Això, sumat al fet que hi ha cops que impactaren en pell de qui et parla, de qui t'escolta, de qui comparteix habitació amb tu. Em veig per exemple en radical silenci, mentre la Isabel i la seva força anomenen, però de pas, colateral a una altra cosa, el fet d'haver estat ella detinguda, empresonada, i se li retorna un altre jo també. També. I jo els miro i segueixen. Viuen i somriuen. I somien fort, molt millor que jo. Percebo la gravetat i al mateix temps un optimisme genuí.

Així mateix, a més, acollint s'hi trobava la contrapart francesa. Una contrapart absolutament conscient de si mateixa. Filles i nets d'exiliats espanyols. Totalment arrelats en el que són, totalment informades de d'on venen i amb aquesta herència intacta, estructurada, agraïda.

I de sobte la vergonya. A l'adonar-te'n de que tu no coneixes la teva, d'història particular. Que no la tens. Que el meu avi va caminar entre les bombes als seus dotze anys, deixant enrere el seu pare i la seva mare. Va creuar Catalunya sencera per a acabar al camp d'Argelers, i mai li vaig preguntar res. Quan parlava no vaig escoltar. Quan recordava jo atenia altres coses. Res sé de com va sobreviure, de com va tornar ni de com això el va constituir. O la meva àvia, els seus ulls terroritzats el dia que va veure la forma en què jo estimava la política. Ella murmurava i plorava, em demanava que no, que no. Deixava caure, entre el tràfec dels fogons, anècdotes remugades que eren horrors, soltes, matances, la denúncia del veí, tal home que va arribar amb tres caps penjats del seu cinturó. Mai li vaig preguntar res. Res sé de com la Història la va configurar. De quanta de l'alegria que m'expliquen que tenia se li va morir. La vergonya d'adonar-te'n ara, a mitja vida teva, que la Història els va modelar, a ell, a ella (vaig viure amb ells i la seva por); i per tant a mi mateixa.

Segon foc: L'antídot del qual tenen custòdia.

Poc podia pensar jo, quan em va trucar la Consol convidant-me a l'expedició (el seu envejable entusiasme no em va semblar tampoc que deixés una altra opció), que una trobada entre entitats de memòria espanyoles i franceses podia prendre per a mi el lloc d'arrel que de seguida va començar a tenir. Alguna cosa així com notar que et traslades a un lloc sòlid. Fonamentat. Amb sentit. On hi habita veritat. I bondat. I d'alguna forma estranya, anhel i possibilitat de futur. De somni. De la societat possible que podríem tenir. De les idees fortes, vermelles, que una vegada van estar disponibles per al món. Un contacte amb aquella gent que podria desplegar un altre programa per a l'esdevenir de la vida compartida. Un altre destí.

La veritat és que vivim temps estranys, tenyits d'una espècie de confusió i desesperació, falta de subjecció, en massa sentits. Una solitud abismal. Una sensació, si no de fi de món, almenys sí de fi d'època. I un dels seus trets clars és la fragmentació social i l'afebliment de les democràcies. El pensament antidemocràtic fent forat. L'auge del neofeixisme, digui-se-li com una vulgui.

Una cosa que va prendre sentit per a mi durant aquests dies és la idea repetida de que les democràcies només són fortes quan ho són socialment els valors d'igualtat i llibertat que les sustenten. I és que, a poc a poc, de taula en taula, d'exposició a documental i de conversa a homenatge, me'n vaig anar adonant de que aquesta gent custòdia un antídot. Algunes d'elles, més grans, en pròpia pell. D'altres, simplement en compromís. I el compromís és exactament una decisió.

Elles custodien un antídot, això és. Un tresor públic. Que la memòria democràtica i el cultiu dels seus valors és la garantia de no repetició de la barbàrie. Ells són la garantia democràtica, això és així; són un ancora, són la consciència històrica, l'única cosa que podria mantenir a una societat allunyada de repetir l'horror. La xarxa enfront de l'abisme. El fre del feixisme.

I vaig a l'últim cremar: la invocació d'allò comú.

Va ser el Luis qui em va parlar, amb aquella claredat seva, sobre quin és el pas que hem de fer, que ens toca fer, com a societat. Aquest és el pas de la memòria històrica

a la memòria democràtica, diu. Aquest és el pas de tenir, cadascú o cada grup les seves memòries històriques particulars, i aquí n'hi ha de tot signe – la dreta també té la seva memòria històrica, diu -, a construir una memòria democràtica comuna.

Una consciència del que hem viscut. Un coneixement de quines són aquelles etapes, aquells fets, aquelles experiències històriques, i sobretot aquells valors i idees que, una sumada a l'anterior, són les escales que ens permeten, arribades a un moment, instal·lar allò que anomenem democràcia, que una organització social mereixi el valor de tal nom.

Cuidar aquesta memòria i els seus valors ens és obligació com a societat, ja no diguem com a Estat – aquestes són paraules seves. Cuidar aquesta memòria i els seus valors és el que faria que el net d'un feixista pugui ser demòcrata. Cuidar aquesta memòria i els seus valors és el que ens permetria ser de veritat un poble madur, que es fa càrrec de si mateix. De la seva pluralitat, del seu benestar, del seu esdevenir.

Tres dies van ser, de cor enrogit. Per la consciència dels buits en la pròpia història. Per l'adonar-te del tresor, de l'antídot, que aquesta gent té en la seva fràgil guarda. I per la comprensió de què important és aquesta convocatòria a construir una memòria democràtica sòlida, conjunta, ni particular ni fraccional sinó comuna. Així, li envio al Domènec les dues pàgines que em va demanar, sabent que no és ben bé això el que em demanava.

El que li envio té la forma d'un text però és un gràcies. Per la invitació, per l'esperança que mantenen, per la posicions sòlides i arrelades, i per apropar-me a aquells cors sobrants, aquells amb els que mai, però mai, ni per un moment, van poder les bombes.